

Colón pudo aprovechar la ocasión para alejarse.

En cuanto al matador, cuando le preguntaron su nombre al llevarle al calabozo donde debía aguardar su sentencia, respondió que se llamaba Martín Carrasco.

Capítulo XXV.

Explicación de un suceso.

Al día siguiente de aquel suceso se habló de él en la ciudad, siendo, como acontece siempre, muchas y muy variadas las versiones que de él se hicieron.

Como la riña había tenido lugar junto á la casa de Beatriz, los enemigos de esta dama, que eran todos los que habían solicitado sus favores y no los habían obtenido, y cuantos envidiaban la posición que ocupaba en la corte, atribuyeron á su causa la pendencia que había obligado á Martín Carrasco á ser de nuevo matador.

Otros, inspirados por lo que había contado el oficial de la Santa Hermandad, decían que la causa

habia sido la camarista de doña Beatriz. y los que más se aproximaban á la verdad, aseguraban que la cuestion habia empezado en un meson, donde jugaban á los dados el matador y su victima.

En efecto; esta era la verdad.

Don Mendo de Aguilera era un libertino en toda la extension de la palabra; y aunque pertenecia á una familia ilustre, manchaba los timbres de sus blasones pasando el dia en la ociosidad y la noche en la crápula.

Martin Carrasco, que habia vuelto á hospedarse en el meson de maese Repulgo, habia conocido á don Mendo en una mancebía, y se habian hecho muy amigos.

Una casualidad habia proporcionado á Aguilera ocasion de ver á Rebeca, y los hechizos de la jóven israelita le habian entusiasmado.

Sin que ella lo supiera, hacia ya dias que rondaba su calle aguardando una ocasion en que poder hablarla, y precisamente ocupábase en esto cuando acertó á pasar á su lado Martin Carrasco, y le reconoció.

—¡Vos por aquí!—dijo.—¿Qué os trae por estos barrios?

—Cuidados amorosos,—contestó don Mendo.

—La noche está muy fria, y si quereis os ofrezco un buen jarro de vino y unos dados. ¿Traeis mucho dinero que perder?

—Algunas doblas.

—Pues cenaremos bien en mi posada, y allí mae-

se Repulgo nos proporcionará lo necesario para que honradamente pueda desbalijaros.

Dirigiéronse, en efecto, á la posada, y los dos amigos, á pesar de su diferencia de clase, se metieron en uno de los cuartos, y entre trago y trago de lo añejo, jugaron á los dados algun tiempo.

Martin Carrasco estaba de suerte.

En poco tiempo ganó veinte doblas á su contrincante.

—Decididamente voy á ser muy afortunado en amores,—le dijo el soldado

Y temeroso de que si continuaba jugando volviese á ganarle aquel dinero Aguilera:

—Si quereis que dejemos el juego para que vayais á disfrutar de vuestra fortuna.

—No,—exclamó don Mendo,—quiero seguir jugando.

—Es que vais á perder.

—Tanto mejor.

Martin Carrasco ganó diez doblas más.

Aguilera comenzaba á ponerse de mal humor.

—¿Con que os traen los amores por estos barrios?—continuó el soldado.

—Sí por cierto.

—Lo celebro infinito. ¿Y quién es ella?

—Ella es la mujer más hermosa de Córdoba.

—Mucho decir es eso.

—Estoy resuelto á sostenerle con la punta de mi espada.

—Os ha flechado por lo visto.

—Más de lo que quisiera.

La vena de suerte de Martin Carrasco empezó á cambiar.

—Me habeis ganado cuatro doblas.

—Justo es que me resarza de mis pérdidas.

—¿Con que deciais?...

—Decia, mi querido Martin, que es la mujer más hechicera de Córdoba.

—Os he hallado frente á la casa de doña Beatriz Enriquez de Córdoba... ¿Habeis fijado en ella vuestros ojos?

—¡Ah! No; esa es una mujer de mármol. No hay quien pueda rendir su corazón. Pero la señora de mis pensamientos vive á su lado.

—¿Alguna de sus camaristas?

—La más bella de todas.

—¡Diablo! ¿Sabeis que me estais desplumando? Ya pierdo quince doblas.

—Todavía no perdeis; na hago más que recuperar lo mio.

—¿Y cuál es el nombre de esa deidad que os enamora?

—¿Y qué os importa el nombre; acaso la conocéis?

—Teneis razon; hace ya tiempo que no conozco á los servidores de doña Beatriz, pero eso no importa.

—Ya estamos en paz;—dijo Aguilera,—¿quereis que lo dejemos?

—De ningun modo; pues qué, ¿creeis que habiendo perdido voy á quedarme satisfecho?

—No perdeis nada.

—Todo buen jugador pierde, si lo que ha ganado lo vuelve á perder.

—Pues adelante.

Los dados resonaron dentro del cubilete.

—Con que decid, decidme el nombre de esa sirena que os ha preso en sus redes.

—Es judía

—¿Judía?—preguntó Martin Carrasco, al mismo tiempo que se desesperaba, porque ya perdía diez doblas.

—Sí; se llama Rebeca.

—¿Rebeca habeis dicho?

—Sí; he averiguado su nombre y todos sus antecedentes.

—Vaya, vaya, hablad.

—Es hija de un judío que se llama Isaac.

—¿Y decis que es camarista de doña Beatriz?

—Desde hace poco tiempo. Segun la historia que me ha contado, un extranjero que vive en esta posada...

—¿Cristóbal Colon?

—Creo que ese es su nombre.

—¿Y bien, qué?

—Agradecido al padre de la jóven, que le encarga trabajos y se los paga bien, ha empleado su influencia para darla el puesto que ocupa cerca de doña Beatriz.

No habia duda para Martin Carrasco.

La jóven á quien galanteaba ó aspiraba á seducir don Mendo Aguilera, era la que habia sido objeto de su amor, la que se habia negado á satisfacer sus infames propósitos, y la que por esta misma razon le inspiraba al mismo tiempo cariño y respeto.

Y como al saber estas noticias vió que perdía:

—¿Sabeis,—dijo de pronto levantándose,—que el que ponga los ojos en esa mujer tiene necesidad antes de hablarla de matarme primero?

—¿Qué decís,—exclamó don Mendo, preparándose á rechazar aquel ataque de aquel hombre á quien á un mismo tiempo dominaba el amor propio herido y la pérdida del juego.

—Os digo que á esa mujer me unen estrechos lazos, y que no consentiré nunca que un libertino como vos ponga en ella sus ojos.

—Bien se vé que habeis perdido, os ciega la rabia.

—Ese es un nuevo insulto.

—Tomadlo como querais.

—Venid á darme cuenta de vuestras palabras,—dijo Martin levantándose y dirigiéndose hácia él.

—No sólo á dárosla, sino á pedirosla.

—Salgamos.

Los dos salieron con ánimo de dirigirse al callejon sin salida, en donde podian luchar sin temor de que los sorprendiesen.

Pero don Mendo de Aguilera conocia demasiado

la fortaleza del brazo de Martin Carrasco, y temiendo ser su víctima, precisamente al llegar cerca de la casa de doña Beatriz tiró de la espada y se dirigió á él gritando:

—¡Muere, miserable!

Martin Carrasco pudo parar el golpe, y lanzándose con su daga sobre don Mendo, se la clavó en el pecho, obligándole á caer exánime en medio de la calle.

Instantáneamente comprendió hasta qué punto se habia hecho culpable á los ojos de la justicia, y se refugió en casa de Beatriz.

La puerta estaba mal cerrada sin duda, puesto que cedió á su empuje, y subiendo precipitadamente las escaleras, llegó hasta donde estaba Rebeca y habló con ella lo que ya saben nuestros lectores.

Como don Mendo pertenecía á una familia ilustre, apenas le reconoció la Santa Hermandad persiguió con más encarnizamiento á su matador y se lo llevó preso.

La familia del muerto se mostró parte, y Martin Carrasco fué encerrado en un calabozo para aguardar su sentencia.

Rebeca, que no habia podido olvidar que aquel hombre habia sido su primer amor, tuvo que unir al sacrificio que habia hecho por su ama el dolor de no haber podido salvar á su amante.

Beatriz, que se habia conmovido profundamente con las escenas que habia presenciado; aguardó con

ánsia al día siguiente para averiguar cuál había sido la suerte que había cabido á Colon en aquellos tristes sucesos.

Ya estaba tan resuelta á sacrificarle su vida, que no vaciló en decir á Rebeca que si era necesario confiar á su padre la verdad para que Colon fuera á ver la aquella noche, se la confiase.

Afortunadamente, la codicia del viejo Isaac le hizo abandonar su casa como de costumbre al anochecer, y Colon, que por su parte deseaba también ver á Beatriz, voló á su lado.

—Jamás os pagaré lo que habeis hecho por mí,—dijo á Rebeca, estrechando su mano con gratitud.

—No he hecho más que pagar una deuda,—dijo la jóven sin poder ocultar su emocion.

Las cosas habían llegado á tal extremo para Beatriz y Colon, que era ya de todo punto imposible permanecer en la situación en que se hallaban.

O tenían que renunciar á su amor, y este era un sacrificio superior á sus fuerzas, ó tenían que santificar el lazo que unía á sus almas, ó tenían, por último, que ocultar á todo el mundo las relaciones que entre ambos existían.

La escena que tuvieron los dos fué en extremo acalorada.

—Oye mis ruegos,—dijo Colon:—si el amor puede en tí más que el orgullo, pidamos á la religion que bendiga el cariño que nos profesamos. Y para que nadie pueda creerlo, y tú no crees, porque cono-

ces mi corazón, para que nadie pueda pensar que es egoísta el cariño que te profeso, huyamos de España, recorramos otros países: yo lograré en ellos que me hagan justicia.

A todo estaba resuelta Beatriz menos á dar su brazo á torcer, como se dice vulgarmente.

—Si yo te amo más que á mi vida,—le decía,—¿no crees que tendrá un placer al darte mi mano, en que disfrutes de todo cuanto es mío? Pero no es eso; es tal vez un capricho, llámalo como quieras, pero en mí es una fuerza superior á todo. He asegurado mil veces que ningún hombre me dominaría, y prefiero la muerte á tener que hacer esa confesion.

—Esa obstinacion es horrible, no me amas.

—¿Que no te amo? ¿Si no te amara habrias rendido mi corazón á tu voluntad? Todo, todo lo sacrifico á tu afecto, menos la herida que causaría en mi amor propio la debilidad que me exigés.

—¿Estás resuelta á probarme que me amas?

—Sí.

—¿Y si hubiera algún medio de que la religion bendijese nuestro cariño con el más profundo misterio?

Beatriz vió un rayo de luz.

—La religion,—añadió su amante,—oculta con su manto bienhechor á las miradas de todo el mundo á los que sólo quieren confiarle sus secretos; pero tarde ó temprano todo se descubre.

—¿Y nuestra fuerza de voluntad?